

LA TORRE HERIDA POR  
EL RAYO

FERNANDO ARRABAL



TÍTULO ORIGINAL: La torre herida por el rayo

Publicado por  
AUTOMÁTICA  
Automática Editorial S.L.U.

Españoleto 4, 2º Izq - 28010 Madrid  
info@automaticaeditorial.com  
www.automaticaeditorial.com

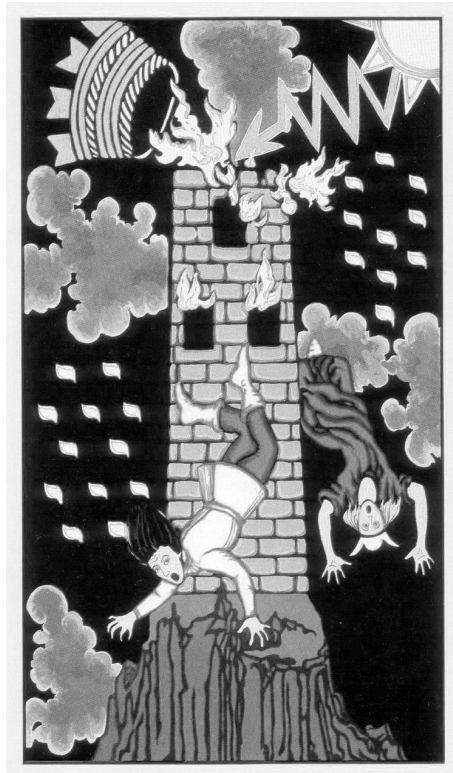
© Fernando Arrabal.  
© del epílogo, Fernando Arrabal 2012  
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U 2012

ISBN: 978-84-15509-01-1  
DEPÓSITO LEGAL: M-6621-2012

Diseño editorial y de cubierta: Alvaro Perez d'Ors  
Composición: Automática Editorial  
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: Marzo de 2012

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.



«La torre herida por el rayo»:

La imagen presenta una torre semiderruida por un rayo que cae sobre ella en la parte superior (cabeza). Esta torre es la columna del poder. Los ladrillos son de color de carne para ratificar que se trata de una construcción viviente, imagen del ser humano. El naipe expresa el peligro al que conduce todo exceso de seguridad en sí mismo, y su consecuencia: el orgullo. Megalomanía, persecución de quimeras y estrecho dogmatismo son los contextos del símbolo.

(EL TAROT)



Elías Tarsis no levanta la mirada, gracias a ello sus ojos no chocan con los del «robot implacable» que tiene frente a él. Si lo hiciera no podría reprimir el impulso de arrojar a su cara empedrada el tablero y las piezas de ajedrez.

—Huele a asesino que apesta. Llevo ya dos meses soportando este tufo. Es un criminal..., podría probarlo.

Claro que podría demostrarlo, pero ¿quién le escucharía? ¿A quién le interesaría verificar las pruebas indiscutibles —según él— que ha acumulado durante un año? En realidad, ambiciona, más que acusar y condenar a Marc Amary, vengarse de él. Por culpa de esta máquina inexorable, de este autómatas de sangre y vileza ha sufrido la pena más negra. Cuando la recuerda siente como si una ampolla de mercurio incandescente se pasara de su corazón a su cerebro y de su cerebro a su corazón. Comprende que tiene que sosegarlo si quiere ganar el desafío ajedrecístico comenzado hace ya dos meses: tiene que conducir su inteligencia a través de los meandros de la acción pero sin que la sed de venganza le desoriente.

Marc Amary, para todos, árbitros, espectadores y miembros de la federación, no es el «robot de sangre y huesos» que pinta Tarsis, sino la imagen misma de la serenidad. Y de la Ciencia con C mayúscula. Probablemente podría asegurar como Leonardo da Vinci que el pájaro es un instrumento funcionando según las leyes matemáticas.

Tras el extraño y sensacional secuestro del ministro soviético de Asuntos Exteriores, Igor Isvoschikov, a su paso por París, la curiosidad de la prensa por el campeonato del mundo de ajedrez ha disminuido; sin embargo, el interés de los ajedrecistas,

ahora que se vislumbra el desenlace, alcanza su cenit. Para ellos, nada hay más hermoso que lo verdadero. El teatro del Centro Beaubourg, marco del duelo, continúa abarrotándose ante cada partida, pero los espectadores ahora solo se reclutan entre los aficionados más ardientes, aquellos para quienes las cinco horas (¡tan breves!) que suelen durar cada una de las sesiones son instantes en los que adivinan el perfume del asombro y el destello de la insolación, insolación que reciben como el maná del desierto. Los mirones que invadieron la sala los primeros días seguramente ahora prefieren seguir las pasmosas aventuras que van concibiendo y destilando con tino y parsimonia los raptos del dignatario soviético. Terroristas, por cierto, que hacen gala de tanta pericia epistolar como talento dramático. Un «Comité Communiste International» secuestrando a un dirigente del Kremlin es un estreno que no puede dejar indiferente al gran teatro del mundo.

Durante las veintitrés partidas que Tarsis ha jugado ya en este campeonato contra Amary, ha contemplado irritado el ciclo machacón de las ceremonias maniáticas de su adversario, lo que llama «sus ritos de castrado». Ahora que tras dos meses de refriega, trece partidas declaradas nulas, y cinco victorias cada uno, el próximo triunfo (el sexto y definitivo) dará al ganador el título de campeón del mundo, Tarsis teme que su furor se le suba a la cabeza y le haga perder la razón o, lo que es peor, la concentración.

Marc Amary es posible que se acuerde de los minutos y de los segundos que pasan, y que por ello ni use ni necesite reloj. (Los espectadores más entusiastas aseguran que todo en el genio es enigma). Los martes, jueves y sábados —días en que se inician las partidas— se presenta *sistemáticamente* (este es el adjetivo que habría que utilizar continuamente al referirse a Amary) a las cuatro menos cincuenta y cinco segundos,

ni uno más ni uno menos. Tictac, tictac, su computadora de sangre y subconsciencia funciona automáticamente. O casi. Y el inquebrantable proceso comienza: invierte diez segundos en trasladarse desde la puerta del escenario a su sillón y en sentarse; veinte segundos en escribir la fecha, el nombre de Tarsis y el suyo en la planilla; diez segundos en verificar que se ha dado cuerda a tope a los dos relojes de control de tiempo y los quince segundos restantes en acomodar las figuras y los peones (perfectamente dispuestos ya según las reglas del ajedrez sobre el tablero) a su norma mágica o, como diría Tarsis, a sus exigentes caprichos «de asesino»: cada uno de los dieciséis trebejos tiene que ocupar el centro riguroso, al milímetro, de su casilla; los caballos con sus cabezas alineadas hacia él (¿adorándole?); las ranuras de los alfiles exactamente frente a sus ojos y los brazos de la crucecita que corona a su Rey paralela a la línea invisible que trazan sus dos codos sobre la mesa. «Carguen, apunten, fuego». A las cuatro en punto, momento en que el árbitro pone en marcha el reloj del jugador que lleva las blancas, dando con ello comienzo de forma oficial a la partida, Amary se inmoviliza considerando el tablero y las piezas con una atención tan intensa que se diría que los ve por vez primera. Tan solo los descubre. Cuando juega con blancas inicia a las cuatro en punto dos minutos cabales de reflexión... inútiles para todos los aficionados, ya que concluyen invariablemente con un gesto meticuloso y comedido que el mundo ajedrecístico conoce de memoria: el avance de dos escaques del peón de Rey: *1. e2-e4*; toma el peón — como siempre cogerá las piezas a lo largo del encuentro— con la yema de sus dedos exangües, el índice y el pulgar. Efectuará todas y cada una de sus jugadas, cualquiera que sea la tensión del choque, con una lentitud y frialdad que pueden parecer indiferentes y que tienen la virtud de exasperar a Tarsis:

—Es un sádico redomado. Juega con tanta medida aparente para sacarme de quicio. Intenta persuadirme de que no

necesita perder su sangre fría para romperme la crisma. Así ha planeado todos sus desafueros. ¡Yo soy el único que sé de lo que es capaz!

Marc Amary es un investigador suizo del CNRS (El Centro Nacional de Investigaciones Científicas) afincado en París. A sus colegas no les sorprenderá el día en que los académicos de Estocolmo le otorguen el Premio Nobel de Física por sus descubrimientos sobre el *solitón* o la *gran unificación*, pero les desconcertó su súbita dedicación al ajedrez. Y no porque despreciaran este juego. A la mayoría les importaba dos higas. Ninguno de ellos, probablemente, sospecharía que a su deslumbrante y discreto compañero (que había militado sin embargo durante unas semanas en el estafalario grupo Dimitrov) hoy en día el ajedrez, la Física, el Premio Nobel o el Campeonato del Mundo le importa infinitamente menos que lo que él mismo llama la creación del «hombre nuevo». Tan solo en una ocasión, hace ya ocho años, en presencia de terceros, durante un simposium sobre «partículas elementales», hizo una declaración que hubiera podido traicionar su pasión. Y que no la traicionó porque los sabios suelen estar en la luna. Estaban, en realidad, en la Universidad de Heidelberg. Cuando un grupo de investigadores danés le pidió que firmara una petición en favor del profesor Yefim Faibisovich, recluso en un campo de trabajo, alegó:

—Si yo dirigiera un «centro» de esos, cambiaría los castigos. Daría a los prisioneros lápices y papel en cantidad suficiente como para que pudieran cumplir la condena que les infligiera: realizar el factorial de 9.999... sin calculadora.

¡Qué ocurrencia tan chistosa!: un faraónico castigo consistente en multiplicar 9.999 por 9.998, el producto por 9.997, el nuevo resultado por 9.996... y así hasta llegar a la unidad. Broma que sus colegas interpretaron como una crítica sutil



del sistema de concentración... A nadie se le ocurrió imaginar que este interminable suplicio pudiera ser su remedio para eliminar a los enemigos de su causa. Que entonces, ya, se contaban por billones.

Elías Tarsis, hijo de padres españoles, nació en Andorra la Vella..., «por casualidad», precisaba siempre el ajedrecista, como si no se viniera al mundo irremediablemente «por casualidad», cualquiera que fuere la ciudad natal. En su caso, «la casualidad» se cebó a gusto y su madre se apagó en el momento de darle a luz. Su padre llameó nueve años más; a su muerte, Elías fue acogido por su tía Paloma en Madrid. En aquellos años de poder triunfante y sin complejos se convocaba una vez por año un concurso de superdotados; con el mismo candor con que, para fastidiar a los franceses, se cristianó el cognac con un nombre de pila nacional, «jериñac». Los galos ni se enteraron. Por eso, cuando descubrían superdotados hispanos como Picasso, aseguraban que eran franceses. Tarsis consiguió una de las diez becas de superdotado, la cual le hubiera podido permitir efectuar sus estudios secundarios y universitarios en condiciones económicas inmejorables. Inmejorables quería decir: colegio de curas gratis, libros de bobilis bobilis y los gastos de pensión. La tía de Tarsis, para no abusar, se conformó con la mitad de la última ventaja. Y Elías fue mediopensionista. Pero pronto, y ante la consternación de Paloma, que entre tanto había sido nombrada su tutora, renunció a los estudios y se puso a leer historietas infantiles.

—A mí los tebeos me van.

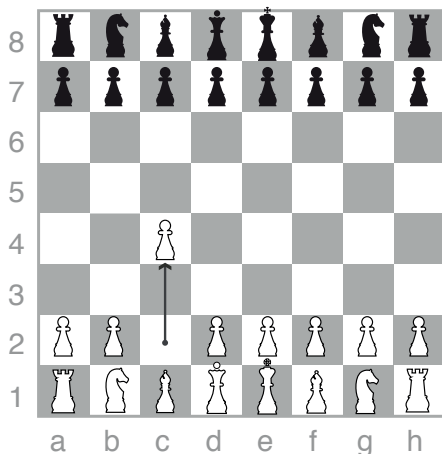
Y en efecto le iban a las mil maravillas. Encerrado en su habitación, aguantó más de un año, bajo el único retrato que conservaba de su padre: la foto de refugiado político que le habían facilitado las autoridades francesas. Cuando abandonó su cuarto, el piso estaba cubierto por medio metro de ropa

sucia, de basura, de latas de conserva vacías, de tebeos manoseados y hasta de restos pringosos a los que por cierto su tía nunca se refirió porque era una mujer moderna que sabía de moral y de buenas costumbres. Con el tiempo esta clase de respeto, por el contrario, ya solo lo practican las más anticuadas. Con catorce años, Tarsis se fugó a Barcelona donde abordó su vida de proletario con el rango de aprendiz en un taller de orfebrería, antes de recibir la alternativa como fresador.

Sin venir a cuento, la víspera del inicio del Campeonato del Mundo, Tarsis reunió a los tres árbitros y de un tirón les espetó:

—Marc Amary es un asesino. Ojo. No quiero que nadie entre en mi salón de descanso. Vale.

Y se quedó corto. Para los árbitros se pasó.



Cuando Amary realiza su primera jugada, un estrepitoso murmullo se alza en la sala. El árbitro islandés, R. H. Gugmundsson, levanta enérgicamente una pancarta en la que

está escrita en grandes caracteres la palabra SILENCIO, y por gestos firmes pide al público que cese su alboroto. Es normal que los fanáticos de ajedrez se exciten; Amary no ha jugado, como siempre lo hizo, con blancas en su primer lance, *1. e2-e4*, sino *1. c2-c4*. Se presiente una partida insólita y probablemente decisiva. Amary no se conforma con las tablas, como en trece ocasiones ya durante el campeonato. Quiere vencer a Tarsis, rematar así el campeonato y para ello comienza intentando sorprenderle. Y le sorprende.

